

PUERTO, MUELLES Y FUERTES
DE LA HABANA ANTIGUA. — CA-
RAVANAS DE GALEONES Y
PIRATAS.

Se agolpan, se apretujan los recuerdos seculares asidos al viejo maderamen y a los carcomidos horcones de los muelles del puerto habanero; a los negruzcos paredones del Morro y de la Cabaña; a los musgosos sillares y adustos ventanales de la uniforme mole de la Aduana, y a los erectos álamos de la Alameda de Paula.

Desde que en 1508 fundaron allí las dos carabelas de Sebastián de Ocampo, en su bajeo por la Isla, para carenarla con chapapote, ¿qué taumaturgia de memoria habrá que evoque las crecientes e interminables caravanas de galeones, bergantines y gabarras, primero, y de cruceros trasatlánticos y acorazados más tarde, que período por período, año tras año, siglo tras siglo fundaron en ese puerto; la heterogeneidad y multiplicidad infinita de las gentes que en sus muelles han desembarcado; las expediciones que hacia España y hacia la conquista de los territorios descubiertos salieron por la anchura del Golfo; las hordas de piratas y corsarios que cañonearon sus fortalezas y saltaron audaces a tierra para saquear la ciudad; los marineros, propios y extraños, los estibadores, los vagabundos, los explotadores de la inmigración, los husmeadores de playa, que por las cercanías de la bahía han discurrido?

Era apenas un tinglado el puerto de la Habana cuando zarparon rumbo a Méjico los once navíos que con Hernán Cortés a la cabeza habrían de conquistar el imperio de los aztecas.

Desnudos de guarnición y de defensa yacían los rudimentarios muelles y la naciente villa cuando fueron trágicamente sorprendidos por el incendio y el saqueo de dos buques de piratas franceses. Al resplandor de aquellas llamas se levantó por

mandato de Hernando de Soto y por ejecución de Mateo Aceituno el Castillo de la Fuerza. Veinte arcabuceros fueron la primera guarnición que recibió cuando fué reconstruido tras el desmantelamiento en que le dejó el terrible saqueo de Jacques Sores.

Espeso agolpamiento de la gente en el puerto el 10. de Febrero de 1566. Flota española a la vista. La manda un aguerrido asturiano de alma de acero: Pedro Menéndez de Avilés. Va a la Florida a castigar las piraterías francesas. Los toscos y escasos muelles temblaban con las amarras de tantos galeones de España, de Méjico, de la Florida.

Van éstos creciendo y alargándose. El Castillo de la Fuerza se hace mayor de edad con doscientos hombres de guarnición. Infunde respeto hasta al temible corsario inglés Drake, que en Mayo de 1586 intenta atacar a la ciudad, pero tiene a bien pasar de largo.

El gobierno español va cayendo en la cuenta de que aquella bahía por donde cruzan todas las flotas de España a sus colonias y de sus colonias a España y por donde merodean al cebo de tantos galeones todos los piratas anidados en la Florida, merece un puerto digno de su importancia. Se va agrandando a trazos. El Morro y la Punta respaldan al Castillo de la Fuerza. Así se desbarató la porfiada tenacidad del pirata holandés Cornelius Solls, alias «Pie de Palo», que después de haber bloqueado tres veces la ciudad — Felipe II le otorga este título — se vé forzado a retirarse.

Hace también huir a cañonazo limpio el Gobernador militar interino, Chacón, en Agosto de 1707 a veintidós buques ingleses y holandeses que se empeñaban en que en la Habana se proclamase Rey al Archiduque de Austria. Nuevo refuerzo de fortificación de la bahía desde el Castillo de la Punta hasta el Astillero. Nueva escuadra inglesa, mandada por el Almirante Hossier, que tras una semana entera de merodeo por las aguas de la



bahía, acuerda prudentemente dejar en paz a la ciudad. A esta escuadra sucede más tarde (en 1747) la del Almirante inglés Knowles. Espectacular, porfiado, empatado el combate entre ésta y la del Reggio, que va a buscarla en la misma bahía. Los habitantes de la ciudad la contemplan desde los muelles.

Después, la toma de la Habana por los ingleses, que hemos evocado ya; el amago de ataque a la ciudad, de los treinta y seis navíos del Almirante francés Rodney; el fastuoso arribo del Duque de Orleans y sus hermanos, el Duque de Monpensier y el Conde de Beaujolais; el real decreto concediendo al puerto la libre admisión de buques extranjeros, principio decisivo de su prosperidad; la expedición organizada en la Habana el año 1829 para reconquistar a Méjico. Por fin, la aparición en el puerto de los primeros buques de vapor de las empresas de la Unión Americana... y los correos de la Compañía Transatlántica; aquellos correos tan esperados y que tanta vida moza de inmigración deseable traían a Cuba.

Fué el de Caballería el muelle principal y fundamental de la Habana. Fueron el Conde de Ricla y Bucarelli los que iniciaron seriamente sus obras. Y fué el Marqués de la Torre el que en 1772 construyó tres muelles de piedra; los de Marielena, Carpinetti y la Cabaña. El Regl Consulado levantó en 1795 cuatro grúas o pescantes para la carga y descarga de buques menores y más tarde amplió el muelle con 410 varas cuadradas de quiebra hacha; alzó el primer tinglado o cobertizo de madera para resguardar las mercancías y extendió los espigones de Caballería hasta unirlos con otro antiguo muelle que se hallaba enfrente de la casa del Marqués de Villalta.

¿Quién recuerda ahora los nombres de Mitchell y de Drak? Sin embargo a estos comerciantes, que manejaban el tráfico mercantil marítimo más importante del puerto habanero se les debe otro tinglado de madera levantado el año 1824 a

sus expensas.

Nuevas ampliaciones y reconstrucciones; la Machina; prolongación del muelle de Caballería hasta el de San Francisco y hasta la Aduana...

La Aduana; polígono irregular que se alzó gigante en los muelles de San Francisco, con la solidez de su enorme sillaría, con la simetría de sus huecos que lo circundaban, con su escudo marmóreo de armas nacionales y con su gran reloj en el centro de la fachada.

Sobre su puerta principal se vé una lápida de mármol blanco con la siguiente inscripción:

«Real Aduana. — En el reinado del señor Don Fernando VII, la amplió Don Claudio Martínez de Pinillos, Superintendente General. Año de 1829».

No falta ya paseo en el puerto, el de la Alameda de Paula. El Capitán General Marqués de la Torre, que la emprendió estaba muy orgulloso de ella. Así se lo dijo a su sucesor, Don Diego Navarro: «Construí el hermoso paseo de Paula, adorno y desahogo de la ciudad. No hay paraje más agradable en ella por su situación y por sus vistas; expuesto a los aires frescos, descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el público dentro del recinto en donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente y que parecía elegido para este fin desde la fundación de la ciudad».

Y sin embargo este paseo se reducía entonces a un terraplén adornado con dos hileras de álamos y separado por algunos bancos de piedra de la continuación de la calle de Oficios hasta el Hospital de Paula. Lo mejoró y embelleció a principios del siglo pasado el Marqués de Someruelos. Allí se levantaba aquel Teatro Principal donde trabajó algún tiempo el famoso actor cómico Francisco Covarrubias.